Silvia Alderoqui, Pompi Penchansky, Ciudad y Ciudadanos, Buenos Aires, Paidós, comp. 2002.

3

EL ORBE AMERICANO: UNA HISTORIA SOCIAL DE LA CIUDAD LATINOAMERICANA

Ricardo Cicerchia

Todo lo que sostiene y sostengo sosteniéndome es alambrada, muro. Y todo lo salta mi prisa. Este cuerpo me ofrece su cuerpo, este mar se saca del vientre siete olas, siete desnudeces, siete sonrisas, siete cabrillas blancas.

OCTAVIO PAZ

I. EL PERÍODO CLÁSICO

La historia de América latina es urbana y rural. Las ciudades y la cultura urbanas fueron, sin embargo, el motor de una dinámica social clave en el desarrollo de la región. El proceso de concentración urbana, característico de nuestra época, asume en América latina aspectos singulares. El notable predominio poblacional de la ciudad y la hegemonía de sus disposiciones culturales tienen íntima relación con los diferentes procesos históricos de urbanización. Son más de dos mil años de urbanización en América latina: desde la ciudad precolombina e indiana hasta la metrópolis moderna; desde los centros rituales hasta la red de ciudades; desde la esperanza de progreso hasta la saturación del consumo.

Para comenzar –sólo un recurso del relato–, una idea puede ser más eficiente que una fecha. Lo importante del mundo precolombino es que las áreas sujetas a la influencia político-administrativa, institucional y económica más o menos directa de sus ciudades y de los grupos dirigentes establecidos en ellas, abarcaron no más del 5 % del territorio de la región. El resto estuvo dominado por culturas sedentarias, aunque no urbanas, por nómades o simplemente despoblado.

Estas islas de urbanización de poderes desmedidos se desplegaron básicamente en dos áreas. En Mesoamérica, en el valle central de México y en los altos valles que se prolongan al sur, hacia Oaxaca, con estribaciones que alcanzan Guatemala. Y en América del Sur, en los valles fluviales de la costa norte y central del Perú y en el altiplano andino que se extiende al norte de la línea del Ecuador hasta Bolivia.

Aunque las formas urbanas desarrolladas tienen cierta simultaneidad temporal, la complejidad de los centros mesoamericanos superaron con creces a sus contemporáneos andinos. De todos modos, aunque no es posible demostrar las influencias, hay muchas similitudes. Los agrupamientos formaban esquemas territoriales en torno a un centro ritual-religioso cuyo poder de atracción se abría en amplísimos círculos concéntricos. Los primeros templos pertenecen al período formativo: Tepalcate y Cuicuilco, en el centro de México; Monte Albán, en Oaxaca; La Venta y Tres Zapotes, en la zona meridional del golfo; Dzibilchaltún, en el Yucatán; las grandes huacas de la costa norte y central del Perú, y Chavín, en el altiplano norte.

Con estos cimientos, la verdadera urbanización se desarrolla durante todo el primer milenio antes de Cristo, y esta etapa constituyó su período clásico. En el norte, sobresalen Teotihuacán, en el valle de México; los centros mayas del valle de Usumacinta; El Tajín, en la zona totoneca; y Xochicalco, en la ladera occidental de la meseta central mexicana.

Teotihuacán fue la mayor expresión urbana del centro de México debido a su escala monumental. La Avenida de los Muertos es una de las concepciones monumentales implementadas más extraordinaria de toda la historia urbana. Concebida para un mundo peatonal, espacialmente es una verdadera calle flanqueada por palacios y diversos edificios, en un perfecto ejemplo de progresión lineal y sofisticación en el diseño. El desnivel topográfico existente entre el comienzo y final de la Avenida fue superado con la construcción de escalinatas. Agrupadas, éstas sostienen la vista frontal y reducen la longitud visual del conjunto mediante los juegos de diferentes escalas y la estratégica ubicación de las pirámides del sol y de la luna. Fue el corazón de un espacio urbano planificado y densamente poblado de conjuntos cívicos, ceremoniales y barrios residenciales (Millon, 1964).

Pero Teotihuacán fue además de centro religioso un lugar de transformación de materias primas, las que una vez elaboradas, circulaban por toda Mesoamérica. El pulmón distribuidor de producción de una densa población agrícola que utilizaba complejos sistemas de irrigación para asegurar sus cosechas y el abasto de una ciudad que debió contar con más de 100.000 habitantes concentrados en 24 kilómetros cuadrados.

Entre finales del siglo X y principios del siglo XIII, Tula, capital de los toltecas, fue la principal ciudad del centro de México. Su poder perduró hasta que los aztecas centralizaron el dominio de la región, dominando política, comercial y culturalmente a sus vecinos hasta la invasión europea.

A diferencia del modelo azteca, las ciudades sagradas mayas no tenían calles y las viviendas estaban montadas sobre plataformas de una densidad mucho menor que las del valle de México. Y en el caso de América del Sur, el diseño de las ciudades de las culturas indígenas clásicas, como su arquitectura y escultura, fueron menos elaborados, más rústicos y menos colosales (Hardoy, 1964).

No existió en el Perú nada comparable a los centros urbanos del norte. Los mochicas y nazcas vivieron en realidad en grandes aldeas sin organización y distribución del espacio, es decir, sin división en zonas de viviendas, depósitos, cultivo, entierro de los muertos, etcétera.

En el último período prehispánico sobresalieron Tenochtitlán y el Cuzco. La población de la primera puede haber alcanzado la cifra de 300.000 habitantes asentados en la firme roca original y en parte en las chinampas que se extendían permanentemente.[1] La ciudad basaba su poderío en el comercio y los tributos, y alcanzó su época dorada al ocupar Moctezuma II el lugar de su legendario abuelo. Mitad ciudad y mitad chinampa, mitad urbana y mitad lacustre, mitad fija y mitad móvil, la urbe azteca estaba constituida por decenas de templos custodiados por los picos nevados, las laderas cultivadas y un fértil valle densamente poblado.

La vida urbana en el Incanato era de otra naturaleza. Mientras que en Tenochtitlán la actividad urbana estaba determinada por la dinámica del mercado, en el caso de las ciudades de los incas predominaba el carácter político-religioso. Las ciudades de la costa que precedieron a la invasión incaica formaron sistemas complementarios y la ciudad se levantaba como el centro indiscutible del valle controlando políticamente el territorio. Toda la vida del Incanato giró en torno al Cuzco, sitio de residencia del Inca.

1. La estimación de 300.000 habitantes se hace sobre el cálculo de 60.000 viviendas que describen la mayoría de los relatos contemporáneos, a excepción de Torquemada, que en su *Monarquía Indiana* habla de más de 120.000 hogares.

55

También, con la expansión, las antiguas ciudades se iban convirtiendo en capitales regionales como el caso de Quito y Cajamarca. Hacia finales del Incanato se construyeron ciudades planificadas como Ollantaytambo y Viracochampa, pequeñas poblaciones agrícolas permanentes con un sentido regular del trazado bastante similar a la cuadrícula.

2. *EL DESEMBARCO: LAS PRIMERAS CIUDADES COLONIALES*

La civilización que las naciones ibéricas implantaron en el Nuevo Mundo fue de naturaleza esencialmente urbana. Desde los primeros años de improvisación hasta la grandiosidad barroca del siglo XVII y el clasicismo que propuso la Ilustración, el imperio español y en menor medida el portugués centraron su poder en la ciudad. Paradoja de un sistema colonial sostenido por la explotación agraria y minera. Sin embargo, la ciudad representó la arena privilegiada de construcción política, social y económica que el encuentro produjo en el Nuevo Mundo.

Primero en el Caribe, y luego en Nueva España, América Central y el Perú, los españoles fueron imponiendo su presencia, ni numerosa ni extraordinaria, simplemente imparable. Hacia 1560, cientos de pueblos y ciudades existían en Hispanoamérica. En 1580 contamos más de 250 ciudades relativamente importantes. En 1600, los grandes centros urbanos latinoamericanos, incluyendo Bahía, Pernambuco y Río de Janeiro, ya habían sido fundados. En paralelo, la conquista también producía el colapso de los centros urbanos prehispánicos. El precio de un sistema de dominación que incluyó altas dosis de destrucción (Hardoy y Tobar, 1969).

La tragedia demográfica de la población indígena que siguió al desembarco afectó el desarrollo urbano.[2] Pero en general, aquellas ciudades que sobrevivieron los primeros treinta años desde la llegada de los europeos lograron estabilizar su crecimiento sobre la base de la población peninsular, africana y mestiza. El resultado fue una lenta pero consistente expansión de las poblaciones urbanas a lo largo de todo el siglo XVII, y un crecimiento acelerado durante el siglo XVIII.

2. Para el centro de México se ha calculado un descenso de 25.000.000, al momento de la conquista, a algo más de 1.000.000 en 1605 (Borah y Cook, 1963).

56

La mayoría de las ciudades de la región presentan un diseño en cuadrícula, con una plaza central, lugar de la actividad administrativa, judicial y religiosa. Cada ciudad poseía su gobierno local: cabildos o *sensados da câmara*. Estos concejos municipales, compuestos por alcaldes o corregidores en el mundo español, y por *juizes ordinarios* y *vereadores* en las colonias portuguesas, desarrollaron una variedad de tareas legales, políticas, fiscales y administrativas que incluían el control del sistema impositivo, la higiene pública, la supervisión de las licencias de trabajo y el abastecimiento de agua y alimentos. Sus miembros, reclutados entre las elites a través de la venta de cargos o por herencia, eran portadores de un prestigio social adicional y durante los primeros tiempos de la sociedad colonial gozaron de un poder casi discresional sobre sus jurisdicciones.

El sistema colonial de estratificación social desde siempre soñó con jerarquías. Las divisiones sociales se asentaron en una serie de factores: etnia, riqueza, ocupación, género y también residencia. Entre estos factores la "raza" desempeñó un papel crucial. En América latina colonial fue definida como una combinación de rasgos étnicos, ocupación, lazos familiares y *status*. Las personas eran clasificadas según su raza y recibían privilegios o sanciones de acuerdo con esta clasificación. En los primeros momentos de la conquista, la raza determinaba la posibilidad o no de ser parte del grupo dominante. La población blanca era la única con acceso al poder instalado. Esta división política tuvo su contraparte económica. Los indígenas cargaban con el tributo y la producción, los africanos con la esclavitud y los blancos fueron los únicos propietarios de encomiendas, haciendas, plantaciones y minas, además de todos los cargos públicos (Sweet y Nash, 1981).

La fuerte estratificación social sostenida en principios institucionales y filosóficos fue fundamental para el modelo de sociedad colonial. En el marco de la ciudad, una distinción importante fue hecha entre vecinos (ciudadanos) y habitantes (residentes). Sólo una pequeña minoría disfrutaba de los derechos de dicha ciudadanía, que no era otra cosa que una serie de privilegios propios de una sociedad que se organizaba de acuerdo con los principios de "limpieza de sangre", como ser el acceso a cargos públicos, las restricciones en las alianzas matrimoniales, la participación en las actividades de control y económicas, ser propietarios. Este ordenamiento de tipo ideológico se superponía con otro calculado sobre la base de la riqueza. Así también, dentro de los muros citadinos, la población se dividía entre "gente decente" y "gente

plebeya", lo que marcaba las fronteras definitivas entre los europeos y la mayoría no europea. El modelo se completaba con una legislación que establecía el *status* legal y social inferior de todas las personas no europeas. Indígenas, afroamericanos y "castas" formaron parte de la república de color.[3] Si bien es cierto que en áreas de abundante población indígena, o en los vecindarios de las comunidades que rodeaban a las grandes ciudades, sobre todo en México, la población nativa pudo ser gobernada por sus propias autoridades o por cabildos indígenas hechos a semejanza de los europeos, éstos fueron férreamente controlados por las autoridades coloniales. Una autonomía, eficiente a los intereses del sistema colonial y a los liderazgos nativos, que surgía a cambio de un dispositivo de doble control social.

La ideología jerárquica que impuso la conquista significó que los europeos, así como sus descendientes americanos (criollos), gozaran con exclusividad de posiciones de poder y prestigio. Esta visión colonial, si bien fue incapaz de frenar los inevitables procesos de mestización, estimuló el estilo corporativo de las sociedades coloniales mercantiles. La ciudad fue el espacio de mediación de la sociedad colonial, el lugar donde las elites y sus corporaciones –terratenientes, grandes mercaderes, burócratas– se ponían en contacto cotidiano con los artesanos, trabajadores urbanos, migrantes y desocupados. El lugar donde los españoles y portugueses, desde sus posiciones de poder, se confrontaban con el otro indígena, africano y con la riquísima gama cromática de las castas. Pero como en todo conglomerado social, la dinámica urbana también producía, con mayor o menor éxito, una lenta erosión de las fronteras sociales (Morner, 1980).

Las ciudades coloniales sirvieron de manera excepcional al montaje de la estructura mercantilista de la región. Punto de tránsito y consumo de metales preciosos, alimentos, textiles y bienes suntuarios, dentro de un circuito que comunicaba las metrópolis europeas con el Nuevo Mundo. Mientras las grandes ciudades del continente como México, Lima, La Habana y Bahía, combinaron funciones administrativas y militares con desarrollos comerciales e industriales, la tendencia general fue la especialización en

3. La población española apenas superaba el 35 % de la población total de Lima en 1614, el 15 % de la de Santiago de Chile en 1613, y el 22 % de la de Panamá en 1610. Si casi todo el grueso de la población blanca se concentraba en las ciudades, el porcentaje total de europeos para cada Audiencia efectivamente fue muy bajo.

alguna actividad o producción particular. Notable fue el desarrollo de los centros mineros como espacios urbanos en Zacatecas y Potosí, los centros agrícolas de Guadalajara, las plantaciones, los puertos internacionales de Veracruz y Portobelo y la producción manufacturera de Quito y Puebla (Hoberman y Socolow, 1986).

Como centros financieros y crediticios, las ciudades fueron el nexo entre los mercados europeos y las producción de materias primas americanas. Residencia de los grandes mercaderes, las ciudades más importantes eran también asiento de consulados, institución mayor del gremio de los comerciantes. Resultado de estas funciones fue la emergencia de redes de ciudades principales y secundarias[4] que demarcaron las primeras fronteras nacionales, otro de los fenómenos singulares de la región. Fue esta trama urbana el más fiel reflejo de una economía mercantil que se ampliaba y diversificaba.

Durante el siglo XVIII se produjeron importantes transformaciones que impactaron en el desarrollo urbano de toda el área. Las preocupaciones de índole estratégica como la amenaza que provocaban las autonomías regionales en detrimento de la autoridad del rey, el crecimiento del poder del sector criollo de la sociedad y la mayor ingerencia de la iglesia en asuntos económicos y sociales, la necesidad de protección frente a otras potencias europeas, vinculadas a la necesidad de reestructurar el orden colonial, condujeron a las monarquías a iniciar un proyecto de "revitalización" de la economía. Este implicaba, por ejemplo, la gradual abolición del monopolio comercial de Cádiz y la reorganización del aparato colonial administrativo a través de la inclusión de una tecnocracia pública subordinada al poder monárquico. Desde entonces, y ya definitivamente, las ciudades consideradas vitales para estos programas, tales son los casos de Buenos Aires, Caracas y Río de Janeiro, se convierten en centros políticos, culturales y económicos hegemónicos. Centros excluyentes de irradiación y reproducción de desigualdades y de sueños de progreso que motorizan constantes migraciones (Kuznesof, 1975).

La estructura social ayudó a configurar el formato físico de la ciudad. Hubo una estrecha relación entre distribución de *status* y riqueza, y la ocupación y apropiación de los espacios urbanos. La ubicación, diseño, condi-

4. Generalmente las ciudades principales devinieron en las capitales de los países y las ciudades secundarias no eran cabeceras del circuito comercial.

57

ción de las casas, y el establecimeinto de negocios, iglesias, parques, mercados y edificios públicos reproducía las jerarquías sociales.

Una distinción fundamental, a propósito de la apropiación de los espacios urbanos, fue la división entre áreas públicas y privadas. La plaza, las iglesias y los paseos fueron lugares comunes a todos los residentes. Parques como la Alameda de la Ciudad de México, la Plaza Victoria en Buenos Aires, o el *Jardim Público* en Bahía, fueron escenarios de un importante contacto ciudadano. En contraste, otros espacios (edificios públicos, clubes, salas de reunión, universidades) fueron privativos de las elites, y la tertulia, lugar de sociabilidad urbana por excelencia, el sitio emblemático de esta privacidad "aristocrática" (Borah, 1972).

Aunque las autoridades tuvieron relativo éxito en el intento de reducir el contacto espontáneo entre los ciudadanos, la cuadrícula se llenaba según una receta común. Las elites urbanas permanecían en el centro de la ciudad. La alta burocracia a menudo vivía a corta distancia de sus oficinas. Y finalmente, las mansiones de los hacendados tendían a construirse en el propio casco urbano, alrededor de la plaza central. Este trazado segregacionista determinó que las periferias y aun las afueras de la ciudad fueran los lugares de residencia habitual para las clases populares. Al mismo tiempo, las necesidades de una vida urbana más pragmática y utilitaria permitieron y estimularon la cercanía entre el trabajo, la vivienda y el mercado. Tal el caso de los artesanos de Buenos Aires que desarrollaban su actividad productiva, doméstica y comercial en el mismo espacio físico. O lo que sucedía en Caracas, donde algunos comerciantes estaban concentrados en áreas determinadas, y otros dispersaban sus residencias para realizar sus operaciones. En definitiva, la imposición de un modelo de ciudad segregada no fue lo suficientemente eficiente como para evitar la multifuncionalidad de los espacios urbanos ni tampoco una dinámica cotidiana cargada de movimiento.

Un proceso de cambio iniciado por el impacto de la comercialización de productos agrícolas, el *boom* minero y la apertura en los circuitos mercantiles produjo, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, un cambio de mentalidad por el cual la ocupación va desplazando el *status* y determinando la naturaleza de la movilidad social. Desde entonces emerge un modelo de sociedad que debía organizarse en cinco grandes categorías: las elites, los profesionales, los artesanos, los pequeños comerciantes, y los jornaleros y domésticos.

58

En el marco de esta nueva forma de entender lo social, dos fenómenos caracterizaron la vida urbana latinoamericana: la consolidación de grupos urbanos intermedios y la presencia femenina. El incremento de cierta "clase media" vinculada a la producción y servicios exclusivamente destinados al mercado urbano expresan mejor que cualquier otro fenómeno la nueva fisonomía urbana. En cuanto a las mujeres, aunque se hallaban sometidas por el derecho al poder del *pater*, van adquiriendo cierta visibilidad legítima en el espacio urbano. En la cúspide social, las mujeres de elite supervisaban la marcha de los negocios familiares, tanto a través de las alianzas matrimoniales como a través del sistema de toma de decisiones que las incluía como integrantes del poder dominante; y en los sectores populares, era significativo el aporte económico de las mujeres (muchas veces jefas de hogar), a los magros presupuestos domésticos, a través de su trabajo en el pequeño comercio y en los servicios (Lavrín, 1985).[5] El cotidiano citadino y un lento proceso de secularización de la vida social conformarán, en el futuro, los marcos de un sistema de hábitos sociales que gradualmente se irá flexibilizando (Cicerchia, 1998).

3. LA CIUDAD ILUMINADA

Después de las guerras de emancipación, ciudad y campo redoblaron su apuesta en un juego ilustrado, romántico, modernista y conservador. Las grandes potencias emergentes de las revoluciones industriales marcaron un ritmo de desarrollo apoyado en la apertura de mercados. Los puertos, la fuerza del vapor y luego los ferrocarriles impulsaron, en la segunda mitad del siglo XIX, una vida urbana orgullosa de su iluminación a gas en ciudades como México, Buenos Aires, San Pablo y, en menor medida, Caracas, Santiago y Montevideo. El campo afirmaba su papel estratégico en tal proceso, pero reducido, poco a poco, a los esquemas urbanos. En los hechos, las elites rurales, aquellos poderosos hacendados, concentraban riqueza y se urbanizaban.

5. Para el siglo XVIII, el porcentaje de familias urbanas con jefatura femenina alcanza en promedio el 25 % de todos los hogares en América latina. Cifra que duplica y supera el porcentaje del 12 % en Europa para la misma época.

La irrupción rural creó, durante algunas décadas, la ilusión de un destino nacional ligado al campo y una fisonomía de ciudad que respondía a ese imaginario nacional (Romero, 1976). Sin embargo, las ciudades continuaron siendo centros de poder y escenarios obligados de todo proyecto de dominación. En particular, las capitales fueron una y otra vez epicentros de disputas, conflictos y guerras civiles. Tal como el régimen colonial lo había dispuesto, la ciudad era sede del poder político y de la administración pública, y resultaba impensable un poder que no se consolidase ocupándola. La plaza central otorgaba investidura al ejercicio de la autoridad.

Además, la mayoría de los centros urbanos siguieron desarrollándose como nervios de la vida económica. El comercio era su actividad fundamental, y el de exportación e importación, el más lucrativo. Redes de ciudades integraban circuitos orientados necesariamente hacia los puertos: Veracruz, El Callao, Portobelo, Buenos Aires, Montevideo, Santos. Las máquinas de vapor resolvieron el problema del aumento del volumen y la frecuencia del comercio internacional. Y con los rieles, que se asentaron primero en 1851 en Perú, se produjo la imperiosa demanda de capitales, tanto para la construcción misma de la infraestructura de ferrocarriles como para el estímulo de las nuevas empresas comerciales. Las instituciones de acción financiera, los bancos en especial, fueron parte importante del perfil económico y arquitectónico de estos centros urbanos. La organización bancaria quedó definitivamente perfilada con el establecimiento de filiales de grandes bancos extranjeros: Banco de Londres y Brasil en Río de Janeiro (1862); Banco de Londres y Río de la Plata en Buenos Aires (1863), y Bank of London and South America en México (1864). Y toda ciudad que se preciase de tal, debía alojarlos (Bulmer Thomas, 1994).

Y con la ciudad patricia asoman las "clases peligrosas". Los sectores populares se acomodaban a las exigencias de las elites y de su negocio comercial. La ciudad atraía y atrapaba. El campo ajeno y sus leyes de propiedad dinamizaban este flujo hacia la urbe. Arriban a las ciudades legiones de artesanos, pequeños comerciantes, vendedores ambulantes, domésticos y marginales como aquellos mendigos a caballo que Parish imaginó en el Buenos Aires rosista. Miles de afroamericanos en Valparaíso, Cartagena y Lima. Cientos de mujeres populares en las calles de San Pablo. Pobres que habitaban cada rincón del mercado de

Caracas. Campesinos deambulantes del zócalo en Ciudad de México. Y con estos contingentes la aparición de la primera cartografía de los suburbios. Para los viajeros de los años setenta, América latina era una especie de Europa algo primitiva, con una fisonomía de colonia desvencijada desbordada por trajinantes, y un impresionante y exótico mundo natural en contraste con ciudades casi elementales.

La persistente orientación urbana hacia la plaza reforzaba la visión de ciudades raquíticas. La concentración de la riqueza en su entorno, no más de unos centenares de bloques en Río, La Habana, Ciudad de México y Buenos Aires, daban la apariencia de agotar la zona verdaderamente urbanizada: viviendas sólidas, pavimentación, iluminación, área comercial, iglesias, teatros. Y más allá, suburbios de casuchas comunicados por malos caminos polvorientos y más cerca del inconmensurable mundo rural que de las atracciones burguesas.

En estos prototipos urbanos predominaba todavía la arquitectura hispánica de patio, organizando una acomodada vida familiar resguardada por gruesos muros, enormes puertas de madera y rejas. Y del otro lado, la gran mayoría de los habitantes. Casas de cañas, ramas, pajas y piedras que se levantaban en los bordes urbanos.

El impacto del nuevo orden internacional, con la caída de los poderes monárquicos y una tendencia creciente a la liberalización de los mercados en un proceso que comienza a ser liderarado por Gran Bretaña, cambiaría definitivamente estos rasgos. Una demanda en aumento de mercados e industrias en Europa estimuló un proceso de ampliación de los circuitos comerciales que haría posible la adquisición relativamente masiva de manufacturas provenientes del exterior.

Entre 1850 y 1870, Valparaíso, Rosario y San Pablo duplicaban su población. Pero las capitales fueron las ciudades más beneficiadas. Igualmente se trató de un proceso gradual, hasta 1880 el "progreso" poco había modificado los hábitos y estampas urbanas. Las balas (atados) de cueros o lana, los sacos de café o azúcar en bruto no habían adquirido el volumen suficiente como para alterar cierto tono pueblerino. Los barcos alborotaban pero no conmovían. Las calles mejoradas con adoquines seguían albergando animales extraviados, sobras de buenas mesas y jinetes trasnochados. Pocas viviendas portaban en sus fachadas antorchas o lámparas de aceite, todavía no se habían inventado las famosas luces del centro.

59

Fueron las dos últimas décadas del siglo XIX las que determinaron un cambio profundo en la fisonomía urbana de la región. Varios factores estimularon esta transformación: el crecimiento demográfico y un ritmo más acelerado de urbanización; la mejor integración de la región a los mercados mundiales; el desarrollo industrial de algunas áreas; el mejoramiento de la red de transportes y de los servicios públicos; la centralización política y administrativa, y la expansión del casco urbano (Bethell, 1990). Los cambios ocurridos en la producción agrícola, el desarrollo de la mecanización y el uso de la fuerza de vapor rápidamente aplicado al sistema de transporte estimularon el crecimiento y la concentración de población en las áreas urbanas. La consecuente especialización del trabajo y de las funciones económicas, junto con medidas orientadas al control de la higiene y epidemias, determinaron agrupamientos urbanos con alta densidad de población. De este modo, las ciudades comenzaron a experimentar avances impensados treinta años atrás. El establecimiento de instalaciones de abastecimiento de agua, así como los sistemas de alcantarillado, permitieron una disminución drástica de la mortalidad infantil, sobre todo entre los sectores populares.

El crecimiento de la población y un estimulado proceso de urbanización adquirió en América latina, a partir de 1900, un ritmo más acelerado que el que registraba Europa y América del Norte. La población de la región pasó de 30 millones en 1850 a 62 millones en 1900 y 105 millones en 1930. En todos los casos nacionales, los incrementos de población dieron origen a elevadas tasas de urbanización. En promedio, aunque con fuertes diferencias regionales, para 1900, entre el 20 y el 25 % de la población total latinoamericana vivía en centros de más de 10.000 habitantes (Morse, 1973).

Además de las capitales nacionales, las otras ciudades importantes, que salvo el caso de Brasil, México y la Argentina, nunca fueron más de dos en cada país, absorbieron una proporción importante de este crecimiento. Así, el fenómeno contemporáneo de la concentración del crecimiento y los recursos en centros urbanos importantes tuvo sus raíces en este período de expansión rápida.

El desarrollo tuvo como epicentro a las ciudades principales. Fueron ellas las que dominaron y condujeron el crecimiento económico y concentraron el poder político de las naciones emergentes. La "ciudad principal", a fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, fue recibiendo un gran número de inmigrantes que hizo que su población aumentara hasta representar una quinta parte y, en algunos casos, una tercera parte de los totales nacionales. El proceso de urbanización de la región tuvo una tendencia marcada a la primacía.[6]

Así, la renovada función económica de estas ciudades determinó en gran parte los perfiles modernizantes de su fisonomía. El comercio fue el factor determinante. El puerto y la red de circuitos interiores se cruzaban en los principales escenarios urbanos de la región. La contracara, las poblaciones mal comunicadas, obsoletas para las pretensiones metropolitanas o sin producciones interesantes: futuros poblados semiabandonados como Santiago del Estero en la Argentina, Oruro en Bolivia, Arica en Chile.

4. *HACIA LAS URBES FUNCIONALES Y OTROS PROBLEMAS ESTÉTICOS*

Hasta la década de 1930 es posible agrupar las ciudades modernas de la región según sus atributos y funciones específicas. El tipo más notable es el de la ciudad *comercial-burocrática*. Incluye todas las capitales nacionales, provinciales y estatales. Sin embargo, es en el nivel nacional donde mejor puede observarse la relación directa entre los centros urbanos y las economías orientadas hacia el exterior. Con las pocas excepciones de Quito y Bogotá, que comparten el poder con Guayaquil, y Medellín y Cali, respectivamente, las sedes de la administración imperial española y portuguesa en el siglo XVIII, y más tarde las capitales de las nuevas naciones del siglo XIX, suman el control de los recursos comerciales y financieros a sus funciones de gobierno.

Esta concentración de poderes se expresó en el número de habitantes que vivía en las ciudades capitales. Para 1930, el 20 % en Buenos Aires, el 30 % en Montevideo, el 16 % en Santiago y La Habana. La tendencia al crecimiento estaba estrechamente vinculada a la producción para la exportación. El crecimiento de Buenos Aires, entre el 3 y el 6 % anual hasta 1930, acercó la zona del Distrito Federal al punto de su saturación demográfica, produciéndose desplazamientos hacia las zonas urbanas del Gran Buenos Aires. Muchas otras capitales experimentaron fuertes aumentos en el creci-

6. Este fenómeno atribuye a los grandes centros urbanos una diferencia notable en términos de población y concentración de recursos y poder político, con respecto a las ciudades de menor rango.

60

miento poblacional, sobre todo desde comienzos del siglo XX. Montevideo, floreciente con su comercio de exportación de productos agrícolas, llegó al medio millón de habitantes. La Paz comenzó a registrar una importante expansión debido al incremento de las exportaciones de estaño boliviano. Bogotá aprovechó el auge del café. Santiago de Chile crecía al ritmo de los auges cíclicos alternos de la producción de cobre y nitrato. El crecimiento del comercio del azúcar estimuló el rápido crecimiento de La Habana. Y Caracas alcanzaba un crecimiento del 5 % a finales de la década de 1920, gracias al estímulo de la creciente producción de petróleo (Durand y Peláez, 1965).

Entonces, la ciudad comercial-burocrática muestra una tendencia a la expansión al calor del incremento del comercio de exportación, el desarrollo de los transportes y la concentración de poder político y financiero. Los ejemplos más impresionantes de esta expansión se dieron en aquellas ciudades donde los efectos del incremento del comercio internacional y la centralización política se concentraron en un punto exclusivo. Tal fue el caso de Buenos Aires.

Buenos Aires presentó un ritmo de crecimiento extraordinario. Su desarrollo de ciudad principal de algo más de 200 mil habitantes en 1870, hasta convertirse en una metrópoli de nivel mundial con más de 2 millones en 1930, determinó que el porcentaje de población nacional que vivía en la capital se duplicase del 10 al 20 % durante el mismo período. El monopolio que ejercía su puerto tuvo efectos políticos, económicos y demográficos contundentes. Para fines de siglo también se había convertido en el centro del sistema ferroviario nacional.

El potencial aparentemente ilimitado de los recursos agrícolas de la región estimuló la llegada de un gran número de inmigrantes europeos, principalmente italianos y españoles. También las inversiones exteriores para financiar proyectos de infraestructura, como los ferrocarriles y el puerto, florecieron. Esta centralización estableció definitivamente a Buenos Aires como lugar de residencia de las elites nacionales en la Argentina.

Un segundo tipo urbano es el de la *ciudad comercial-industrial-burocrática*. Menos frecuente que la anterior, la presencia de la función industrial fue importante para el desarrollo de algunos centros urbanos de excepción. Frente al colapso de las artesanías regionales producido por la invasión de bienes manufacturados desde el exterior, la producción industrial tendió a limitarse al tratamiento de materias primas para la exportación y la elaboración de algunos productos para el mercado interno como materiales para la construcción, bebidas y alimentos.

Dentro de este tipo, San Pablo fue el caso paradigmático. Gracias al auge del café, la población de la ciudad llegaba al millón de habitantes hacia 1930, superando la tasa de crecimiento de Buenos Aires y dando alcance a Río de Janeiro.

Para 1890, Río y San Pablo estaban equiparadas en términos de su capacidad productiva de café. Semejante al proceso de Buenos Aires, San Pablo recibió contingentes inmigrantes y un flujo de capitales dispuestos a consolidar la expansión productiva del área. Única en la elevada tasa de crecimiento demográfico, del 4,2 % en 1890 al 7,1 % en 1930, el auge de la ciudad no sólo fue la respuesta social al desarrollo de la producción del café, sino también al considerable aumento industrial que producía su papel de gran exportadora (Sánchez Albornoz, 1974).

La producción cafetalera también impulsó la ampliación de un mercado interno. Así, parte de las ganancias obtenidas en el comercio internacional se diversificaron para dar satisfacción a la demanda local. Los barones del café comenzaron a invertir en producción textil, alimentos, construcción y también en industrias químicas. Se formaba así una alianza entre la agricultura y la industria reforzada por acuerdos matrimoniales que determinó el surgimiento de un poder económico y un terreno propicio para el desarrollo industrial y el crecimiento urbano.[7]

El tercer modelo de ciudad, el *comercial-minero*, es el desplegado por algunos centros urbanos especializados del norte de Chile, Bolivia, Venezuela y México.

En los áridos desiertos de nitrato del norte de Chile se asentaron una serie de campamentos mineros cuya población oscilaba entre cientos y varios miles de habitantes, para desarrollar la ardua tarea de romper el suelo desértico.[8] La actividad se continuaba con el transporte de los nitratos has-

7. El auge del café había comenzado en los valles cercanos a Río de Janeiro entre 1830 y 1840. En las décadas siguientes la producción se extendió hacia el sur y el oeste, penetrando en el estado de San Pablo. En 1870, el área de Río producía diez veces más que el estado paulista. En 1890 las regiones estaban igualadas, y para 1930 San Pablo duplicaba el café cosechado en Río de Janeiro.

8. Desde 1879 a 1883, Chile estuvo en guerra con Perú y Bolivia hasta que obtuvo el control absoluto de la posesión de estos recursos.

61

ta las calderas donde se trituraban, purificaban y secaban, para cargarse en vagones en dirección a los puertos y las capitales provinciales de Iquique, Arica y Copiapó. Estos enormes espacios densamente poblados, "ciudades" miserables sin planificación y bastante parecidas a enormes campos de refugiados, prosperaron, desaparecieron, migraron, tomaron y expulsaron trabajadores agrícolas, todo según los dictámenes del mercado mundial, hasta el día de la invención de los nitratos sintéticos durante la Primera Guerra Mundial.

Finalmente, el tipo de *ciudad comercial* incluye a la gran mayoría de las experiencias urbanas de la región. Desde pequeñas y medianas poblaciones situadas junto al ferrocarril o a la vera de alguna ruta comercial secundaria, hasta los grandes puertos de Santos en Brasil, Bahía Blanca en la Argentina y Veracruz en México, estas ciudades fueron parte importante de la constelación urbana de la región.

Eran, en general, áreas de encrucijada de caminos producto del desarrollo de las grandes ciudades que proporcionaban servicios y una vida económica a poblados sin posibilidades de autosostenimiento. Dependían entonces de una red urbana dominada desde las ciudades comerciales-burocráticas y en algunos casos de los mercados y la demanda exteriores. Tanto estas ciudades como las mineras fueron muy vulnerables a las fluctuaciones de los mercados internacionales. La caída de los precios mundiales o la competencia de otras regiones podía estancar su crecimiento. Estos centros urbanos secundarios crecieron a ritmos decididamente más lentos que las ciudades principales.

Grandes, pequeñas, primadas o de segundo orden, todas las ciudades latinoamericanas experimentaron un tipo de expansión física similar, casi homogéneo. Una expansión temprana para algunas excepciones como Santiago de Chile, que se urbaniza en 1850 pero que termina de perfilarse a comienzos del siglo XX. En todos los casos, un crecimiento en bandas concéntricas hacia fuera de la plaza principal, desde el centro de la ciudad colonial en dirección a los barrios.

La ciudad "definitiva" estuvo sometida a dos procesos simultáneos. El incremento constante de población urbana y el retiro de las elites hacia zonas residenciales, aunque a diferencia de las clases altas norteamericanas o europeas, nunca abandonaron del todo el control de la plaza central.

A partir de los primeros años del siglo XX, las familias ricas buscaron sitios altos, con mejor aire, resguardados y más espaciosos. En Ciudad de

México escogieron el sur, a lo largo del Paseo de la Reforma en dirección a los parques de Chapultepec. En San Pablo construyeron mansiones a lo largo de las colinas delimitadas por la Avenida Paulista. En Buenos Aires, la zona norte, en las cercanías del cementerio de los Recoletos, fue testigo de una interminable competencia de palacetes hechos a imagen y semejanza de los sueños afrancesados y aristocráticos de la oligarquía nativa. En Lima, las comunicaciones ferroviarias con El Callao y la cercanía de Chorrillos, en la costa sur, determinaron la dirección del éxodo de las clases altas urbanas.

Existió un cambio de localización pero también de entorno doméstico. El patio interior ya no estaba de moda y los modelos franceses, italianos y británicos se impusieron con sus mansiones de varios pisos. Entradas palaciegas, amplias balaustradas y salones recargados de cortinajes, brocados y sofás de raso identificaban a los poderosos.

Los chalets de dos pisos o las casas de una sola planta, apartadas de la calle, tipificaban el gusto de la emergente clase media profesional. En todos los casos, la imagen de casa cerrada y privada era desplazada por una especie de ostentación que ratificaba la franja de prestigio que correspondía a cada unidad familiar.

Hacia el año 1920, estos auténticos barrios exclusivos completaron su expansión cuando las formas de sociabilidad de clase incorporan el deporte del golf, rugby, polo y tenis, entre los más populares, y con ellos la búsqueda de más espacio físico en zonas residenciales alejadas del centro.

Frente a la ultravisibilidad de estas minorías, el grueso de las nuevas poblaciones urbanas se acomodaba en las zonas más pobres en torno al casco urbano y en los barrios periféricos. Estos barrios de clase trabajadora tuvieron como centro una parroquia, el mercado público, la parada del tranvía y la plaza. Una hilera de modestos comercios alrededor de la plaza, alguna sucursal bancaria y el correo completaban la estampa barrial. A pesar de la sencillez y austeridad del ambiente, el barrio mostró cierta autosuficiencia y una independencia notable, en el sentido de comunidad, sobre todo si contaba con escuela.[9]

9. La idea de barrio como comunidad "política" es, aunque en general se ignora, tributaria de las reflexiones de Hannah Arendt sobre las tradiciones revolucionarias de la Comuna de París de 1871.

A pesar de estos desplazamientos, la sociedad en su conjunto compartía la idea de la primacía del centro y el lugar destacado de la plaza principal como símbolo del poder a la usanza del pasado hispánico (Borah, 1984). En las grandes ciudades, la plaza, adornada con estatuas, arboledas y jardines, fue foco para la construcción de paseos, diagonales, teatros y hoteles después de 1910 aproximadamente. La plaza central fue –y sigue siendo– el espacio público por excelencia.

5. CLASES POPULARES, MASIFICACIÓN Y CIUDADANÍA

En los comienzos del siglo XX se produjo en casi todos los países de la región una explosión demográfica. Desde entonces, hubo un crecimiento de la población sostenido y constante. Tal fenómeno fue acompañado por un intenso éxodo rural hacia las ciudades principales, y así el crecimiento se transformó en una verdadera explosión urbana.

Diversos acontecimientos estimularon este proceso. La revolución mexicana de la segunda década del siglo determinó un flujo de emigración rural marginal hacia las ciudades. La crisis de las producciones salitreras arrojaron miles de desocupados a las ciudades chilenas. Y fugitivos del sertón se apiñaron en Bahía. Además, las perspectivas industrialistas de otras ciudades como Buenos Aires o San Pablo hicieron otro tanto.

La crisis de 1930 determinó parte de los destinos de la región. El mercado deprimido de la compra-venta internacional inauguró un período de escasez, inestabilidad y crisis recurrentes. Era inevitable, hubo revoluciones políticas, modificaciones fundamentales en los mercados financieros, renovación de liderazgos, miseria y protesta social.

La sociedad reaccionó entonces frente a la crisis de todo un sistema de organización social, produciendo dos fenómenos paralelos: la emigración de las áreas rurales hacia las ciudades y la consideración de un modelo de desarrollo más industrialista. Así, imbricados ambos fenómenos, las inversiones industriales para sustituir importaciones podían asimilar parte de estos contingentes, haciendo crecer la demanda de trabajo urbano, y una ilusión de progreso para una población rural se iba instalando definitivamente en la ciudad. El sueño de un mercado interno ampliado estimulaba la poca imaginación de la burguesía local y la ambición de los capitales extranjeros. En la década de 1940, la activación de programas populistas

hizo que un número importante de ciudades alcanzaran la categoría de metrópolis o se convirtieran en grandes centros urbanos. Así, las ciudades se masificaban con el afluente de poblaciones rurales en pugna por la obtención de una negada ciudadanía social (Laclau, 1978).

Estos nuevos actores cambiaron la fisonomía, los estilos de vida y las formas de sociabilidad ciudadanas. El conjunto urbano comenzó a reconfigurarse con bolsones de población social y económicamente diferenciados junto con la existencia de áreas de solapamiento. Familias rurales se amontonaban en los antiguos barrios populares o en las zonas periféricas de las ciudades. "Peladitos" en Ciudad de México, "cabecitas negras" en Buenos Aires, "cholos" en Bolivia, los inmigrantes internos serán desde entonces protagonistas de una vida urbana de profundos rasgos populares. En 1945 había en América latina cinco ciudades que sobrepasaban el millón de habitantes: Buenos Aires, México, Río de Janeiro, San Pablo y Santiago de Chile.[10]

El desarrollo industrial movilizó sobre todo una población masculina y joven. Pero las grandes ciudades también desarrollaban, al calor de este crecimiento socio-demográfico, una fuerte actividad terciaria. Así, la demanda de trabajo en servicios de diversa índole fue un atractivo importante que incorporó al proceso migratorio altos contingentes de mujeres. Era posible para el inmigrante encontrar una gama de "trabajos urbanos" y buenas posibilidades en el mercado matrimonial. El mundo del trabajo urbano se hizo masivo y compacto, y generó un imaginario urbano popular que se completaba con el espectáculo de las vidrieras, los cines, los paseos y los estadios.

Un nuevo complejo social de fisonomía estrictamente urbana emergió de la comunicación entre los diferentes segmentos populares de la "nueva" ciudad.[11] En muchos casos se consolidó un proletariado industrial más

10. Para la misma época otras ciudades superaban el medio millón de habitantes: Rosario, Lima, La Habana y Montevideo.

Este crecimiento se precipitó en el curso de las siguientes tres décadas alcanzando a un gran número de centros urbanos secundarios.

11. Lejos de la anomia social que algunos historiadores, fascinados por las teorías de la modernización, le otorgan a estas nuevas clases populares, el grupo inmigrante se constituyó en un complejo social coherente que rápidamente adquiriría un sentido de nacionalidad y ciudadanía diferenciado y en conflicto con la ideología de los grupos dominantes.

63

o menos sólido que se constituyó en una fuente de orientación para los sectores populares y de la sociedad en su conjunto. Con aceptables niveles de ingreso y cierta capacidad organizativa en torno a los sindicatos, este sector trabajador imprimió rasgos importantes a la nueva cultura ciudadana. Planes de vivienda oficiales ayudaron a resolver parte del eterno problema de la búsqueda de un techo digno para los contingentes inmigrantes. Las nuevas áreas urbanizadas para la clase obrera y la presencia física e institucional de organismos de salud y seguridad social consolidaron la integración de una buena proporción de trabajadores a la ciudad y otorgaron mayor legitimidad a sus aspiraciones de ciudadanía.

En las clases altas, los linajes fueron desapareciendo y dejaron su lugar a clanes económicos, con frecuencia ligados mediante acuerdos familiares, renovando minorías poderosas que más que nunca basaban su autoridad en la riqueza y la ostentación de los viejos signos de *status*. Ésta era la verdadera escisión ciudadana. La que se prolongaría en una batalla material y simbólica por el carácter ciudadano, por lo menos hasta fines de la década de 1960.

El crecimiento se tradujo también en el aumento de la densidad de población. Las ciudades latinoamericanas, hasta entonces chatas y extendidas, comenzaron a transformarse en una masa arquitectónica con torres y edificios de departamentos, una de las novedades que más impacto tendría en el desarrollo de la vida cotidiana de vecindad. Mientras la ciudad iba adquiriendo ciertos rasgos monumentales, el hábitat se reducía aprisionado por la obsesión del uso del cemento.

En los bordes urbanos, a partir de la década de 1970, cantegriles, rancheríos, pueblos nuevos, favelas, barriadas, o villas miseria establecían un cordón semiurbano de pobreza y promiscuidad. No era un fenómeno nuevo ni exclusivo de las capitales, casi todas las grandes ciudades incorporaban con dificultad desde 1940 estos contingentes con menos oportunidades de inclusión en un proceso de industrialización con restricciones estructurales. Lo novedoso fue, además de las migraciones, la abrupta visibilidad que adquiría la exclusión social que la misma ciudad había producido. Cinturones de marginalidad carentes de todo servicio se apretaron alrededor de las grandes ciudades: asentamientos ilegales de viviendas de cartón y chapa, rodeadas de basurales cortados por callejones de lodo y transitados por los trabajadores menos calificados. El cuadro que aún hoy se contempla, por ejemplo, en las afueras de la ciudad de Rosario en la Argentina. Obra de migrantes rurales o semirrurales que llegaron a la ciudad "tardíamente" y población marginal urbana.[12]

6. PERCEPCIONES METROPOLITANAS

A principios del siglo XXI parece cada vez más contundente cuán atrás ha quedado el período más brillante del *boom* urbano en América latina. Pero, en muchos sentidos, las condiciones y relaciones de aquellas metrópolis se expandieron e intensificaron. En aquella primera etapa de la ciudad moderna del último tercio del siglo XIX, este desarrollo estuvo estrechamente vinculado al imperialismo, o mejor dicho, a la concentración magnética de riqueza y poder en las capitales imperiales y el acceso cosmopolita simultáneo a una amplia variedad de culturas subordinadas. Más que un sistema colonial ortodoxo, se trata de una evolución despareja en el carácter del progreso y la modernidad percibida (Williams, 1997). Así, un verdadero repertorio de restricciones y desafíos persiste como condiciones estructurales de la ciudadanía contemporánea.

La ciudad se configura como un campo de fuerzas cultural organizado por tres fenómenos. En primer lugar, la persistencia de las clases dominantes vinculadas a las aristocracias agrarias consolidadas a principios del siglo XX. En un segundo orden, la incorporación de tecnologías vinculadas a la segunda revolución industrial y al fermento cultural. Y finalmente, los procesos de inclusión social promovidos por las ideologías revolucionarias y las migraciones internas. Son estas ciudades latinoamericanas encrucijadas de un orden inestable persistente.

Pero, además, la evidencia del hecho mundano de la multitud de extraños se mezcla con la existencia del individuo solitario y aislado, y la intensidad

12. Barriadas que han demostrado en toda la región una voluntad decidida de integración. La estrategia se repite desde las barriadas en Managua hasta los cantegriles en Montevideo. Una vez asentada, cada familia delimita su espacio, construye su vivienda y así asegura la posesión del predio, mientras que las asociaciones de pobladores inician la larga batalla legal por el reconocimiento oficial de cada ocupación.

64

de una singularidad extrema de la realización personal. Estas formas de alienación social e individual, de ajenidad y aglomeración, se proponen sobre un juego de percepciones metropolitanas. La ciudad como lo desconocido, lo peligroso, lo impenetrable. Todas las ciudades portan algo de la niebla de Londres. Son las clases peligrosas para las elites, las que se instalan en los laberintos urbanos, lo que también puede verse como un ámbito de nuevas formas de solidaridad humana. Y por cierto la vitalidad del movimiento y flujo, una fuerza liberadora de ciudad luz y escuela. La experiencia de la conmoción como norma de la vida urbana moderna (Benjamin, 1980).

7. INDIVIDUOS, CONSUMIDORES Y UNA NOTA SOBRE LA DEBILIDAD MUNICIPAL

Desde la perspectiva de la estructura del poder, el papel de las ciudades capitales en el período 1880-1930 terminó con la hegemonía de los caudillos rurales. O mejor dicho, el caudillo rural se transformó en un personaje de la ciudad, diseñó una estructura política e imaginó un estilo de vida aristocrático. Al calor de regímenes políticos excluyentes, el Estado moderno emergente se construyó a partir de un modelo fuertemente centralizado. La identificación del Estado con la ciudad capital, en un proceso de urbanización espectacular, dio lugar a estatutos especiales que la excluyeron de un régimen local. Las esperanzas democráticas aparecidas luego de la brutalidad dictatorial padecida en muchos de los países de la región hicieron que la ciudad fuera el foco de un ideal de un tipo mejorado de progreso humano. De hecho, muchas experiencias regionales fueron desarrollando programas de autonomización de los poderes municipales.

En el marco de los procesos generales de crisis del Estado de bienestar, fragmentación social, privatización y globalización contemporáneos, los contrastes urbanos entre ricos y pobres se han incrementado. El fenómeno del consumo disimula esta realidad creando la ilusión de un progreso que en realidad es cada vez más concentrado, y que refuerza la existencia de hecho de ciudadanos de diferentes categorías (Borja, 1988). Entre otras cosas, estas fuerzas han pulverizado toda potencialidad de una democracia local prometida por el discurso postautoritario en la región. La consecuencia de estos recorridos fue la clara evidencia de la incapacidad municipal

para generar políticas de poder, frente a las persistentes prácticas tradicionales y facciosas del juego político. En el marco de políticas neoliberales de descentralización, los gobiernos municipales, de todo el espectro ideológico, se han mostrado dóciles a las tendencias estructurales, reservándose apenas la propiedad de una retórica seudomodernista. No se trata de una historia incompleta sino de la propia voluntad de un sistema político que, hoy por hoy, no tiene intenciones de legitimarse en la movilizacón y participación ciudadana. En otras palabras, un sistema poco dispuesto a asumir la resolución de los distintos niveles de conflictividad social que plantea una auténtica ampliación de la ciudadanía. Para revertir esta tendencia se hace necesario, entonces, entender que el municipio es el punto máximo de interacción entre el Estado y la sociedad civil, allí donde la lógica del Estado y la de la vida cotidiana se articulan en forma dinámica. Y esto es apenas el punto de partida.

BIBLIOGRAFÍA

Benjamin, Walter (1980): *Iluminaciones I. Imaginación y sociedad* e *Iluminaciones II. Poesía y capitalismo*, Madrid, Taurus.

Bethell, Leslie (comp.) (1990): *Historia de América Latina*, vol. 7: *América Latina: Economía y Sociedad, c. 1870-1930*, Barcelona, Cambridge University Press-Crítica.

Borah, Woodrow (1972): "European cultural influence in the formation of the first plan for urban centers that has lasted of our time", en Schaedel, Richard y otros: *Urbanización y proceso social en América Latina*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos.

— (1984): "Trends in recent studies of colonial latin american cities", *Hispanic American Historical Review*, 52, 3, 359-354.

Borah, Woodrow y Sherbourne Cook (1963): "New Spain's Century of Depression", *Ibero Americana*, 35.

Borja, Jordi (1988): "Pasado, presente y futuro de los gobiernos locales en América Latina", en Hardoy, Jorge Enrique y Richard Morse (comp.): *Repensando la ciudad de América Latina*, Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano.

Bulmer Thomas, Victor (1994): *The Economic History of Latin America since Independence*, Cambridge, Cambridge University Press.

Cicerchia, Ricardo (1998): *Historia de la vida privada en la Argentina*, Buenos Aires, Troquel.

— (2001): *Historia de la vida privada en la Argentina. Desde la Constitución de 1853 hasta la crisis de 1930*, Buenos Aires, Troquel.

Durand, John y César Peláez (1965): "Patterns of urbanization in Latin America", *Milbank Memorial Fund Quarterly*, 32, 4, 166-196.

Hardoy, Jorge Enrique (1964): *Ciudades precolombinas*, Buenos Aires, Ediciones Infinito.

Hardoy, Jorge Enrique y Carlos Tobar (1969): *La urbanización en América Latina*, Buenos Aires, Editorial del Instituto.

Hoberman, Louisa y Susan Socolow (1986): *Cities & Society in Colonial Latin America*, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Kuznesof, Elizabeth (1975): "Brazilian urban history: an evaluation", *Latin American Research Review*, 17, 1, 263-275.

Laclau, Ernesto (1978): *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo y populismo*, México, Siglo XXI.

Lavrín, Asunción (comp.) (1985): *Las mujeres latinoamericanas. Perspectivas históricas*, México, Fondo de Cultura Económica.

Millon, Richard (1964): "The Teotihuacán Mapping Proyect", *American Antiquity*, XXIX, 3, 345-352.

Morner, Magnus (1980): *Estratificación social hispano-americana durante el período colonial*, Estocolmo, Institute of Latin American Studies.

Morse, Richard (1973): *Las ciudades latinoamericanas*, 2 vols., traducción preparada por el Seminario de Historia Urbana del Departamento de Investigación Histórica, INAH, México D. F., Secretaría de Educación Pública, Dirección General de Educación Audiovisual y Divulgación.

Romero, José Luis (1976): *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Buenos Aires, Siglo XXI.

Sánchez Albornoz, Nicolás (1974): *The Population of Latin America*, Berkeley, University of California Press.

Sweet, David y Gary Nash (1981): *Struggle and Survival in Colonial America*, Berkeley, University of California Press.

Williams, Raymond (1997): *La política del modernismo. Contra los nuevos conformistas*, Buenos Aires, Manantial.